

Número de habitantes de la capital. El número de habitantes que en su vasta área contenía, aunque no se pueda determinar exactamente, hay vehementes indicios para poderlo apreciar en ciento veinte mil, su cifra (1). Pero lo que aumentaba la vida y el movimiento de la ciudad, era la inmensa población flotante, que diariamente marchaba de todas las partes del imperio, y el comercio activo que se mantenía con todas las poblaciones próximas que por tierra y agua enviaban sus abundantes productos.

Consideraciones á los comerciantes. Los mercados estaban llenos de comerciantes que llevaban sus efectos de una población á otra. Se dedicaban muchos al comercio, porque era una ocupación á que se guardaba muchas consideraciones y respeto. Los comerciantes aztecas, no tenían almacenes fijos, sino que eran mercaderes ambulantes que recorrían todos los pueblos de Anáhuac, llevando sus mercancías, no

tio que ocuparon los tlatelolcos y los mejicanos, que la ciudad antigua abrazaba en su área á Chapultepec. Pero no es así. Chapultepec se hallaba á distancia de dos millas de la antigua Méjico. Bastará á cualquiera, para convenirse, leer las siguientes palabras de Bernal Diaz: «Una gran alberca de agua que se henchía y vaciaba, que le venía por un caño encubierto de la que entraba en la ciudad desde Chapultepec.» El mismo autor dice al hablar del sitio puesto á Méjico por Hernán Cortés: «Acordaron fuésemos á quebrar el agua de Chupultepeque, de que se proveía la ciudad» El Sr. Clavijero trae el siguiente párrafo: «Construían los mejicanos acueductos: los que conducían el agua á la capital desde Chapultepec, etc.»

(1) Hernán Cortés, en sus cartas á Carlos V, decía que «era tan grande como Sevilla y Córdoba.» Sevilla, que después del descubrimiento de Méjico y del Perú, creció en importancia y población, tenía entonces 80,000 habitantes: Córdoba tenía 40,000. La cifra que arrojan ambas ciudades juntas, está de acuerdo con el que resulta del cálculo que debemos hacer, suponiendo á cada familia seis individuos, puesto que, exceptuando los palacios de los grandes, que tenían dos pisos, las casas eran de uno en que únicamente vivía una familia.

cargadas por animal ninguno, pues no existían de carga, sino en hombros de individuos que no se ocupaban de otra cosa. Cada comerciante ajustaba los hombres necesarios, Indios de carga, llamados *tamemes*, y reunidos varios mercaderes, y lo que cargaban. formaban una caravana en que iban centenares de tamemes. El peso de la carga que cada uno de estos llevaba, no podía exceder de sesenta libras. Los comerciantes llevaban á vender finas telas de algodón, capas de bellas plumas, joyas, esclavos, y cuanto juzgaban que podría ser deseado en las provincias á donde marchaban. El comercio de esclavos era entre los aztecas un tráfico honorífico, y generalmente los presentaban en las ferias más concurridas, como las que se celebraban periódicamente en Azcapozalco, para la venta de ellos (1). Los comerciantes eran respetados por donde quiera que iban, y ellos llevaban siempre algún valioso regalo del soberano del país de donde salían para los jefes de aquellos puntos á donde iban, y recibían de éstos otros para corresponder al regalo recibido. Las autoridades guardaban con ellos grandes consideraciones, y les daban el permiso de comerciar libremente en el sitio á que llegaban. Siempre marchaban en esas expediciones muchos comerciantes juntos, y la numerosa caravana iba perfectamente armada y municionada, para defenderse en el caso de que intentasen algo contra ella. Si alguna fuerza extraña les acometía, se defendían, sabiendo que inmediatamente marcharían fuerzas en auxilio de ellos. Pero nadie se atrevía á causar daño ninguno á los comerciantes

(1) Sahagún, *Hist. de Nueva-España*.

mejicanos, porque equivalia á provocar el enojo del emperador de Méjico, que estaba pronto á emprender la guerra con cualquier pretexto, para extender su dominio (1). Para dar una idea del número de gente que se les concedia llevar á esos comerciantes, bastará decir que en cierta ocasion pusieron sitio á la ciudad de Ayotlan, y que despues de cuatro años de asedio, la tomaron. Los emperadores mejicanos se informaban, por medio de ellos, de todo lo que pasaba en los estados que recorrían, y tomaban sus providencias, con arreglo á las noticias que les daban. Muchas veces les concedian los reyes permiso para levantar gente que se ponía á sus órdenes, y siempre les veían como á súbditos que prestaban importantes servicios á la nacion. Todas estas consideraciones y facultades concedidas á los comerciantes, hacían que la esfera de su accion se extendiera mucho mas allá de la que correspondia al simple tráfico comercial, y les daba un participio importante en la política. Como distintivo honorífico, se les permitía llevar insignias y divisas particulares que eran respetadas.

El principal distintivo era un baston negro y liso que llevaban en la mano y que, segun sus creencias, representaba la imágen del dios del comercio Xacateuctli, y con el cual se creían seguros de toda asechanza. Cuando hacían alto en alguna posada ó en algun sitio conveniente, en el camino, juntaban todos los bastones, los ataban, y colocándolos en un lugar, les tributaban culto. Por la noche

(1) Hay una pintura en el códice de Mendoza, que representa la destruccion de una ciudad, por haber maltratado, su cacique, á unos mercaderes mejicanos.

se sacaban sangre de los párpados, de las orejas, de los brazos y de los muslos, en honor de aquella divinidad. Mientras duraba el viaje emprendido, ni su mujer, ni sus hijos, ni nadie de la familia, podia lavarse la cabeza, aun cuando se bañase el cuerpo, sino de ochenta en ochenta dias. Creían que con esto se atraían la proteccion de los dioses, y era á la vez una demostracion de tristeza por la ausencia del viajero. Cuando alguno de los comerciantes moría en la expedicion, se comunicaba la noticia á los mercaderes mas ancianos del país, que eran los encargados de ponerla en conocimiento de la familia. Esta, para honrar dignamente la memoria del finado, mandaba hacer una estátua de pino que le representase, y hacían con ella las mismas ceremonias fúnebres que hubieran practicado con el cadáver verdadero.

El papel distinguido que en aquellas naciones hacían los comerciantes, se ve claramente en que varios de ellos formaban, en Texcoco, lo que pudiéramos llamar consejo de hacienda. En muchos asuntos les consultaban el monarca y escuchaba su parecer con profunda atencion. Cuando les dirigía la palabra, les daba el nombre de «tio», que era un dictado que revelaba estimacion y cordialidad. Tenían tribunales privativos que entendían en los negocios, así civiles como criminales, incluso las causas de delitos capitales, viniendo á formar, de esta manera, una comunión enteramente independiente, compuesta, pudiera decirse, de ellos solos. Estas prerogativas y las grandes utilidades que les dejaba el comercio, les proporcionaba respeto en la sociedad, y grandes riquezas con que atender al lujo y al regalo.

Todos los días se veían salir por las calzadas de Méjico, gran número de esos comerciantes, llevando sus efectos en hombros de los numerosos *tamemes*, acostumbrados á la carga.

Todo se presentaba animado á la vista del observador. Los puntos próximos á la suntuosa corte de los emperadores aztecas, eran verdaderamente verjeles, entre los cuales descollaba el majestuoso bosque de Chapultepec, deliciosa quinta de recreo de los monarcas mejicanos, cuyos corpulentos y antediluvianos ahuehuetes asombran aun con la magnitud de sus robustos troncos, que solo es dado abrazar entre doce personas, y refrescan con la benéfica sombra de su tupido y extendido ramaje.

Esta era la capital del imperio azteca en los momentos en que se disponían las fiestas para celebrar la coronacion del emperador Moctezuma II.

Los nobles tlaxcaltecas y michoacanos que habían ido para presenciarlas, estaban asistidos con cuidadoso esmero.

La coronacion se efectuó con una esplendidez que excedió á los elogios que le habían precedido, anunciándola como la mas notable.

Las ceremonias religiosas se celebraron con el brillo que correspondia á la grandeza de la nacion; y los prisioneros atlixqueños fueron sacrificados al númen de la guerra *Huitzi'opochtli*.

CAPÍTULO XX

Rebelion de algunas provincias tributarias y nueva sujecion de ellas.—Moctezuma declara á la plebe incapaz de obtener empleos.—Manera de presentarse al rey.—Serrallo de Moctezuma.—Comida que se le servia.—La que se daba á los palaciegos.—Bebidas que usaban.—Personas que concurrían á palacio.—Número de criados encargados del cuidado de las aves y de las fieras.—Acatamiento del pueblo al monarca.—Carácter de Moctezuma.—La agricultura.—Estado de las minas.—Guerra con los de Tlaxcala.—Muere en una batalla el hijo de Moctezuma.—Nuevos triunfos de los tlaxcaltecas sobre los mejicanos.—Hambre en Méjico.—Fausto de los grandes y miseria del pueblo.—Campana de Cuauhtemallan.—Ereccion de un nuevo templo.—Se da mayor anchura á la calzada de Chapultepec.—Incendio del templo Zomolli.—Moctezuma, desconfiando de los tlatelolcos, les priva de sus empleos.—Les repone en sus destinos.—Rebelion de algunas provincias.—Los mejicanos sujetan á los rebeldes.—Gran piedra de los sacrificios.—Fiestas celebradas en su dedicacion.—Nuevas rebeliones.—Guerra entre Méjico y Michoacan.

Rebelion de algunas provincias. Transcurridos algunos días, el espíritu de rebelion que fomentaba sin descanso en todas las provincias sujetas á la corona de Méjico, estalló en Tlachauhco, poniéndose al frente del movimiento de insurreccion Malinalli, señor de ella. Moctezuma envió contra los insurrectos á un capitan llamado Tlilxochitl,